

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción

Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

San Bernardo, núm. 131

GIJÓN

## CARTA DE CLAUDIA PRÓCULA, ESPOSA DE PONCIO PILATOS, A FULVIA HERSILIA

Mientras cenábamos, dije a Poncio lo que había visto, y él, haciendo un movimiento de cabeza, contestó:

«Has visto a Jesús Nazareno, odiado por Fariseos, Saduceos y orgullosos Pontífices del templo; su resentimiento aumenta cada día, su ira pone en peligro su vida, y, sin embargo, sus palabras son de un sabio y sus prodigios de un Dios.»

«¿Y por qué le aborrecen?»

«Porque ha descubierto sus vicios y su hipocresía. El porvenir se presenta muy sombrío para el Nazareno!»

«Pero tú, con tu gran autoridad, le defenderás, respondí con vehemencia.»

«Mi autoridad es un mito ante este pueblo amotinado, y créeme, quisiera ponerme entre él y ese justo.»

Diciendo estas palabras, Poncio se levantó más inquieto que de costumbre; quedé sola, pensativa, trémula.

El día que precedía al de Pascua, Poncio me dijo con tristeza:

«Los destinos son nefastos para el Nazareno, su cabeza ha sido puesta a precio; esta misma tarde será quizás entregado a los príncipes de los sacerdotes.»

Temblé a estas palabras y repetí: «Tú le salvarás.»

«No sé si podré», respondió Poncio con tristeza.

Era ya la hora del descanso; pero apenas había reclinado la cabeza en la almohada de mi lecho, cuando ensueños misteriosos se apoderaron de mi mente. Vi a Jesús Nazareno, y le vi como Salomé me representaba a su Dios. Su rostro tenía el resplandor del sol, y los querubines le transportaban en sus alas; y en pie sobre las nubes juzgaban a las humanas generaciones, reunidas bajo sus plantas. Y cuando el Juez, mostrándoles las llagas que cubrían su cuerpo, dijo a los reprobados con majestuosa voz: «¡Dadme cuenta de la sangre que he derramado por vosotros!», entonces estos reprobados pedían a las montañas que los sepultasen y a la tierra que los tragase; ¡todo en vano!, se sentían inmortales, inmortales para el suplicio, inmortales para la desesperación. ¡Oh, qué sueño, o mejor dicho, qué revelación!

Apenas el crepúsculo del día naciente había dorado la cúpula del templo, abandoné el lecho, el corazón oprimido de es-

panto, y me senté cerca de una ventana para respirar el aire puro matinal... No hacía mucho que estaba, cuando me pareció que un gran rumor surgía poco a poco del centro de la ciudad: gritos, vociferaciones, rugidos más terribles que la voz del Océano enfurecido, llegaron a mis oídos; yo escuchaba con el corazón oprimido de angustia y la frente bañada de frío sudor. El tumulto se aproximaba más y más, y los pasos de la muchedumbre repercutían en la escalera que conduce al Pretorio.

Sobrecogida de temor, cogí a mi hijo, que jugaba a mi lado, y quise ir a mi esposo.

Al llegar a la puerta inferior del Pretorio; oí gran confusión de voces; no me atreví a penetrar, pero levanté la mampara de púrpura que pendía ante la puerta...

¡Qué espectáculo, Fulvia! Poncio estaba sentado en su silla de marfil, con todo el esplendor de que Roma rodeaba a sus delegados, pero a través de la impassibilidad con que procuraba revestir su rostro, adiviné un temor profundo. Ante él, las manos atadas, sus vestidos en desorden, la frente ensangrentada, se hallaba Jesús Nazareno tranquilo e inmóvil; en sus acciones no había orgullo ni terror. Estaba tranquilo como la inocencia, resignado como la abnegación, y sin embargo, su dulzura me llenaba de espanto, porque todavía creía oír las palabras de mi sueño: «Dadme cuenta de la sangre que he derramado por vosotros».

A su alrededor rugía la inmundicia turba que le había arrastrado al Pretorio; entre esta turba se veían algunos sacerdotes, escribas y fariseos, conocidos por las filacterias de pergamino que llevaban en la frente con algunos textos de la ley.

Todos estos rostros sombríos respiraban odio, reflejos siniestros iluminaban sus inflamados ojos, y parecía que los espíritus infernales mezclaban su voz a la de la turba feroz.

A una señal de Poncio se restableció el silencio: «¿Qué queréis de mí?», les preguntó. «Queremos la muerte de este hombre, de Jesús Nazareno», respondió un sacerdote, haciéndose intérprete de la muchedumbre. «Herodes le ha condenado a muerte, y queremos que confirmes esta

sentencia». Poncio dijo: «No hallo ningún crimen en este hombre, voy a soltarle».

«Entréganoslo, crucifícale», respondió el populacho.

No pude oír más, llamé a un criado esclavo y le envié a mi esposo, rogándole me concediera un momento de audiencia. Se retiró del tribunal y vino a mí. Me arrojé a sus pies, diciéndole: «Por todo lo que te es más querido, en nombre de este niño, fruto sagrado de nuestra unión, guárdate de participar en la muerte de ese justo».

«Semejante a los dioses inmortales le he visto esta noche, en un sueño revelador lleno de majestad suprema.

«Juzgaba a los hombres, que temblaban ante El, y entre las sombras desgraciadas precipitadas al fondo de las llamas, he reconocido los rostros de los que ahora mismo piden su muerte. ¡Oh, guárdate de poner sobre él manos sacrílegas!, créeme, una sola gota de su sangre, sellará para siempre tu condenación.

«Y sin embargo, no podré salvarle, respondió Poncio; la cohorte romana es poco numerosa, y es un freno muy débil contra este pueblo que los malos espíritus parecen animar. Pero tranquilízate, Claudia, baja al jardín, tus ojos no se han hecho para ver estas escenas sanguinarias.»

Diciendo estas palabras, se separó de mí; quedé sola, presa de mortal angustia. Jesús estaba aún delante del tribunal, siendo el blanco de las burlas y ultrajes del pueblo y soldados, cuyo imponente furor no era nada comparado con su invencible paciencia.

Poncio se sentó de nuevo en su silla de justicia; al verlo, los gritos de muerte se oyeron más ardientes y funestos.

Tras muchas escenas horribles que no te comentaré, Poncio hizo un gesto de desaliento; los clamores de este pueblo, cada vez más insolente, parecían amenazar su autoridad, la autoridad del pueblo romano, que no tenía en Jerusalén para defenderse más que el prestigio de su gloria, porque pocos soldados eran adictos a nuestras águilas. El tumulto crecía más y más; nunca los ruidos tempestuosos del circo, jamás las disputas del foro, habían traído a nuestros oídos semejantes rumores. Nada estaba tranquilo; nada, excepto la misteriosa frente del Nazareno; los insultos, las torturas, la proximidad de una muerte cruel e ignominiosa, no alteraban la serenidad de su mirada. Sus ojos, que habían infundido la vida a la hija de Jairo, miraban a sus verdugos con inefable ex-

presión de paz y amor; sufría, sin duda, pero sufría con alegría y su alma parecía elevarse hacia las regiones invisibles, como la llama pura de una santa oblación.

El Pretorio estaba inundado de multitud del pueblo hasta la entrada del tribunal. Todo este gentío bajaba, como un torrente de lava, de la montaña de Sión, en cuya cumbre estaba edificado el templo.

Mi esposo, abrumado, atemorizado, cedió al fin. ¡Hora por siempre nefasta, hora terrible, escrita en el libro de la eternidad!... ¿Quién podrá revelar tu horror?

Poncio se levantó; la duda y un lívido terror se reflejaban en su frente; introdujo simbólicamente sus manos en una vasija de agua, y dijo en alta voz: «Soy inocente de la sangre de ese justo». ¡Que caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!, gritó este pueblo insensato; y acercándose a Jesús le rodearon con furor; mis ojos siguieron a la víctima que iban a sacrificar; después, un velo cubrió mi vista, mis piernas flaquearon, y por el quebranto de mi corazón, creí que mi vida llegaba a su fin.

El cielo parecía de acuerdo con el duelo del espíritu; grandes nubes de formas espantosas bajaban hacia la tierra, y de sus vacíos sulfurosos salían pálidos resplandores.

La ciudad, tan bulliciosa a la mañana, estaba taciturna, silenciosa, como si la muerte hubiese plantado sus negros pendones en las plazas públicas; un incomprendible espanto me sujetaba a mi silla; tenía a mi hijo sobre mis rodillas y esperaba, sin saber cuál era el objeto de mi espera.

Hacia las doce del día, las tinieblas obscurecieron la atmósfera, y un terrible sacudimiento conmovió la tierra; el suelo parecía palpar, y se hubiera dicho que el Universo iba a disolverse y anonadarse.

Caí prosternada. Una de mis esclavas, judía de nación, entró en el cuarto, pálida, descompuesta, la vista extraviada, gritando:

«El último día ha llegado; Dios lo anuncia con estos prodigios; el velo del templo que cubría el Propiciatorio, se ha roto en dos pedazos; la desolación reina en el lugar santo, y los sepulcros, según dicen, se han abierto.»

Al oír estas palabras fui presa de un vertigo; me levanté vacilante y salí a la escalera; en ella encontré al centurión que había presidido la ejecución de Jesús.

Era éste un veterano, encanecido en las guerras contra Germanos y Partos; nunca corazón más valiente había latido en un pecho más fuerte; pero en este momento estaba pálido, abatido, y parecía agitado por los remordimientos y el terror.

Quise interrogarle, pero pasó ante mí, diciendo: «El que hemos matado, es verdaderamente el hijo de Dios.»

Entré en una sala de piso bajo, y encontré a Poncio sentado, la cabeza entre sus manos; me miró y me dijo con tristeza: «¡Por qué no he seguido tus consejos, Claudia; por qué no he defendido a ese justo aun al precio de mi vida! ¡Mi miserable corazón no disfrutará ya de descanso!»

No me atreví a contestarle, ni tampoco había consuelo para la irreparable desgracia que nos había marcado con el sello de la reprobación.

Sólo los bramidos de los truenos que repercutían en las bóvedas del palacio, interrumpían el silencio, llenándome de

terror... A pesar de la tempestad, un anciano se presentó a la puerta de la sala, y fué introducido hasta Pilatos. El anciano se arrojó a sus pies, y llorando dijo:

«Me llamo José de Arimatea y vengo a pedir permiso para bajar de la cruz el cuerpo de Jesús Nazareno y enterrarle en un sepulcro de mi propiedad.»

Poncio le respondió, sin levantar los ojos del suelo: «Id».

El anciano salió, y vi que se reunió en el pórtico a un grupo de mujeres cubiertas con velo.

Así terminó este día fatal.

Jesús fué enterrado en un sepulcro abierto en una roca, que rodearon de guardias.

Pero, ¡Fulvia!, al tercer día salió del sepulcro, glorioso y triunfante resucitó como lo había predicho, y se mostró victorioso de la muerte a gran número de personas.

Tal es el testimonio que sus discípulos han dado de El y han confirmado con su sangre, derramada por el Señor Jesucristo ante los tribunales de los jueces y de los príncipes.

Desde este momento nada salió bien a mi esposo: afeado por el Senado y por el mismo Tiberio por su conducta, siendo el blanco de los desprecios de los judíos y del odio de aquellos cuyas pasiones había secundado, su vida no fué más que amargura y tristeza.

Al cabo de pocos meses Poncio fue destituido de sus funciones.

Volvimos a Europa, y errando de ciudad en ciudad, llevó por todas partes el peso de su inquietud y de su espíritu atormentado de remordimientos. Le sigo (la mujer de Caín, dicen los hebreos, siguió a su marido errante sobre la tierra).

La imagen de la cruz sangrienta, a la que fué clavado el inocente y el justo, se alza entre nosotros. No me atrevo a mirarle; el sonido de su voz, que pronunció la sentencia, me hace temblar, y cuando antes de la comida el esclavo le presenta el agua para lavarse, me parece que no introduce sus manos de agua pura, sino en sangre humeante cuyos vestigios no se pueden borrar.

Los cristianos existen ya en todas partes; aquí mismo, en el país de los Rhedons (departamento de la Gironda), donde hemos pedido un asilo a las neblinas del mar y a las soledades de los Landes, aquí oigo el nombre de mi esposo pronunciado con horror... y he sabido que los Apóstoles de Jesús, antes de separarse para ir a predicar su Evangelio a las naciones, han inscrito en la explicación de su fe estas palabras vengadoras: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos».

Anatema terrible que todos los siglos repetirán.

Adiós, Fulvia, llórame, y quiera el Dios justo concederte toda la felicidad que otras veces nos hemos deseado. Adiós.—*Claudia*.

**Solución al Jeroglífico n.º 34, por Morán:**

**"Sí, los colocó uno sobre otro"**

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Va se han cumplido las profecías. Ya el Señor, Jesús de Nazaret, ha rubricado con su resurrección, toda la labor de su apostolado. Precisamente este último acto de su estancia en el mundo, cumpliendo la promesa de resucitar al tercer día, hizo comprender a todos la verdad de sus palabras a través de los tres años de vida pública.

¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!, exclamó el centurión romano al contemplar la muerte de Jesús; pero quien había dudado aun, la resurrección, forzosamente había de convencerle de la divinidad del crucificado.

No había duda alguna: Dios mismo había sido muerto en cruz.

Ha pasado la Semana Santa. Una vez más se ha recordado la tragedia del Calvario a los humanos. Una vez más se ha hecho meditar a muchos sobre la gran verdad de la existencia humana en este valle de dolor.

Después del examen de conciencia que se ha hecho estos días, del reconocimiento de unas verdades eternas, de haber limpiado nuestra conciencia tras grandes inquietudes espirituales, no nos queda ya otro camino, que adaptar nuestro modo de vivir de tal manera que vayamos de acuerdo con los mandamientos dictados por Dios al hombre.

Sería absurdo que pidiésemos milagros todos los días para mantenernos en la fe, o que exigiésemos a Dios el sacrificio continuo de su vida y el trascendental acto de su resurrección para no dudar nunca de la realidad de tantas verdades.

Ha habido muchos hombres ejercitantes en las pasadas semanas de Cuaresma, también se han visto a muchos que son halagados por la fortuna, acercarse reverentes a cumplir el precepto pascual. Confiamos que estos actos de religiosidad que demuestran sean sinceramente fervorosos y piedra fundamental para emprender una rectificación de conducta para con sus prójimos y para consigo mismo.

Repasen la doctrina que Jesús de Nazaret predicó durante su vida pública, las enseñanzas que escucharon sus discípulos, los ejemplos extraordinarios que El daba a sus oyentes, y oigan también una y muchas veces aquellas bienaventuranzas que una multitud entusiasmada escuchó al pie de la colina en el famoso sermón de la montaña.

Adapten su vida a las normas que El dió a quienes les interese salvar su alma y vivir en su gracia, rompan sus relaciones ilícitas para siempre, ocúpense de continuo del necesitado que muchas veces cooperó a su enriquecimiento y tal vez agotó su vida y la de sus seres queridos en una miseria que sus débiles fuerzas no pueden ya contener.

No olviden, quienes han meditado en estos días de la pasada Cuaresma, que la necesidad es grande en su derredor, que hay muchos seres humanos que carecen de todo, aun de lo más elemental; que hay

quienes ven morir a sus hijos lentamente porque la necesidad y el hambre lleva mucho tiempo sembrando en sus débiles cuerpos la debilidad más espantosa.

Para muchos la responsabilidad es grande, pues mientras existan estas enormes necesidades, el lujo, el despilfarro, lo superfluo no debe existir, y mucho más si tenemos en cuenta que una pequeña ayuda económica, o un alivio al necesitado ayudándole a salir adelante en sus apuros de trabajo o de dinero, puede salvar, no sólo unos cuerpos de la muerte, sino un alma que va hacia la desesperación porque la fe no llegó a sus corazones.

Mucho bien puede hacerse al prójimo, que es tanto como hacer una caridad a Dios mismo, que habrá de premiarla con el exceso con que Dios paga los actos humanos que le son agradables.

«¿Quién te resucitó en el día tercero?  
Tú lo anunciaste y fué, luego tu fuiste.  
Y si ese es tu poder, es que eres Dios.»

R.

## EL TIO COLÁS

Acontece con frecuencia que al entrar en una habitación, si en nuestra ausencia han quitado de ella algún objeto que llevaba allí mucho tiempo, un cuadro o un mueble, de pronto, al entrar de nuevo, no nos damos cuenta de qué es lo que han quitado; pero enseguida sentimos la impresión de que allí falta algo. Eso mismo me ocurría a mí cuando en mi niñez salía los domingos de la misa parroquial y debajo de los plátanos que somborean el atrio de la iglesia no tropezaban mis ojos con la redonda calva del «Tío Colás».

Nicolás Colina era un viejo setentón que en su juventud había sido marino en uno de los buques de guerra de la Escuadra española y había tomado parte en el glorioso combate del Callao. En dicho combate había realizado un acto de heroísmo que no recuerdo a punto fijo cuál era, porque él tampoco lo explicó nunca muy claramente, pero que debió de ser algo notable, por cuanto el Gobierno español lo juzgó digno de una recompensa, una pensión diaria de seis reales, que si ahora no significan gran cosa, en aquellos tiempos era una verdadera bicoca.

Desde entonces «Colás» Colina no vivió más que para contar su hazaña, y la contaba siempre, viniese o no a cuento. Todos los domingos el «Tío Colás», vestido con un sucio chaquetón de paño pardo, las manos metidas en los bolsillos del pantalón y luciendo su calva inmensa, lisa y redonda como una bola de billar, se situaba a la salida de misa bajo uno de los plátanos del atrio, siempre el mismo, ante un grupo de niños y mozalbetes, que le escuchábamos asombrados y con la boca abierta, nos relataba por milési-

ma vez su memorable hazaña: «Era el día 6 de mayo del año 1866. La Escuadra española, al mando de Méndez Núñez...» y aquí ensartaba todo el relato, larguísimo, de su hazaña, enterado de interjecciones y escupitajos, y que terminaba siempre con un «¡Viva la Escuadra española!», que nosotros contestábamos emocionados.

Los niños, sobre todo, mirábamos al «Tío Colás» como un personaje legendario y mitológico que había estado en las Américas, mucho más allá de Santoña y hasta de Santander, que para nosotros eran entonces los términos superlativos de la lejanía, y nuestra admiración llegaba al colmo cuando en su relato usaba las frases sonoras de «botalón de proa», «banda de estribor» y «zafarrancho de combate», tan extrañas y misteriosas para nosotros como los misterios de Eleusis para los griegos. Y más aún cuando terminaba diciendo que al final del combate se había acercado a él el mismo Méndez Núñez para estrecharle la mano y ofrecerle su título de almirante; pero que él no había querido, porque le llamaba mucho la tierra, y aquí se había venido tan pronto como terminó el tiempo de su servicio.

Cuando años más tarde volví al pueblo a estudiar Filosofía en el Colegio que allí tiene la Orden, todavía me encontré al «Tío Colás», mucho más cascado y torpe de remos, pero con el mismo chaquetón de paño pardo y la misma calva inmensa y reluciente, descubierta siempre y desafiando al frío, al agua y al sol.

Seguía aún con la misma manía de contar su hazaña a todo bicho viviente que se le pusiera a tiro, y era de ver la habilidad con que sabía desviar cualquier conversación para llevarla a su tema favorito. A veces le tropezábamos los estudiantes en la carretera y le decíamos: «¡Hola, "Tío Colás"! Ya va para viejo, ¿eh?». «Sí, hijos, sí, —contestaba él sin molestarse lo más mínimo por la alusión a sus muchos años—. Ya no está uno para nada. ¡Quién me diera a mí volver a los veinte años, cuando yo era marino en una fragata de guerra! Era el día 6 de mayo...» Y aquí ensartaba el relato de su gran hazaña, con todos sus pelos y señales, como si fuera la primera vez que nos la había contado.

Otra vez le encontrábamos en un prado, a la orilla del camino, segando fatigosamente unos hierbajos secos y duros y sudando a mares bajo el sol de agosto, y le decíamos: «¡Qué "Tío Colás"! ¿Se suda, eh, se suda?». «Sí, hijos, sí; pero, ¿qué comparación tiene este sol con el que hacía en El Callao? Era el día 6 de mayo...» Y volvía a relátarnos por milésima vez su prodigiosa hazaña.

Cuando después de algunos años volví de nuevo al pueblo y pregunté por el «Tío Colás» me dijeron que había muerto, y lo sentí como si la villa hubiera perdido su hijo más ilustre, y me imaginé que el día de su muerte, cuando en el Tribunal de Dios Jesucristo le pidiera cuentas de su vida, el «Tío Colás» contestaría al Divino Juez

con el mismo orgullo con que contaba su hazaña a los mozos bajo los plátanos de la parroquia: «¡Era el día 6 de mayo de 1866...!» Y el Divino Juez, que premia los actos heroicos hechos por la Patria como si fueran hechos por El, le daría en el cielo una recompensa mucho mayor que los seis reales diarios que le daba el Gobierno español. Estoy seguro.

¡Cuántos españoles hay que el día de su muerte, al pedirles el Juez Divino cuenta de su vida, no podrán comenzar como el «Tío Colás»: «¡Era el día 6 de mayo...!»

Fr. Gumersindo de ESCALANTE

O. F. M., Cap.

PARÁBOLA

## ESTRAPERLO

Robó un ladrón de oficio  
a un labrador pobrísimo una oveja,  
y fué al Obispo, que era San Patricio,  
a exponerle su queja.

El Santo compasivo  
reunió al pueblo entero  
y le pidió que al punto, ante el Dios vivo,  
descubriese al ratero.

Cayó la ardiente súplica en la fosa  
de un silencio oportuno;  
que cuando saben todos una cosa  
no la sabe ninguno.

Y viendo el buen Obispo que era en vano,  
alza al altar los ojos,  
y ante el pueblo cristiano  
comienza así a rezar, puesto de hinojos:

«Señor, ya que no nombran al ratero,  
e impunes quedan sus pecados graves  
oh ¡descúbrelo Tú, Dios justiciero,  
Tú que todo lo sabes!

Si se halla aquí escondido,  
por éste labrador que se querella,  
ya que robó una oveja yo te pido  
que comience a balar lo mismo que ella».

En éste mismo instante  
comienza a dar balidos muy de prisa  
el ladrón que allí estaba tan campante,  
mientras la multitud muere de risa.

Hoy en nuestros sermones  
no pedimos milagros tan extraños  
pues tenemos temor que los ladrones  
truequen los auditorios en rebaños.

FRANCISCO ROMERO  
Magistral de Zamora

**Nuestro NUMERO EXTRAORDINARIO ha sido muy bien acogido por todas, habiéndonos solicitado una cantidad tan extraordinaria de ejemplares que a todos no hemos podido complacer. Les rogamos que para otro año nos hagan la petición con tiempo suficiente.**

**También agradecemos a quienes nos han ayudado económicamente, con lo cual nos ha sido más llevadero el desembolso ocasionado para el citado número extraordinario.**

La Administración

Por causas lamentables nos vemos obligados a sustituir a nuestro colaborador HERO en sus comentarios quincenales, confiando esperanzados en que, no tardando, nos vuelva a remitir sus amenas críticas, tan esperadas por nuestros lectores.

Comentando

## LOS HOMBRES "PERCHA"

Entre las anécdotas que me contaban en mi infancia, recuerdo una que si no se me ha olvidado fué debido a que constantemente la práctica me la hacía recordar: era el caso del hombre «percha».

Se comentaba ya entonces que existían hombres que aceptaban todos los cargos que se les ofrecían, siempre

que estos diesen algún relieve a su oscura personalidad intelectual, Presidían o vice-presidían todas las juntas, actuaban de secretarios nominales en otras organizaciones, acumulaban cargos y... evadían en todos ellos el trabajo anónimo, oscuro, de poca ostentación; pero, sin embargo, estaban siempre en los sitios de más vistosidad, de mayor relieve, de más espectáculo. Aparecían en los momentos en que una personalidad era recibida por la organización, o cuando un acto público tenía que ser autorizado con la presencia de algún miembro de la misma. Estos hombres «perchas», en los que se colgaban todos los cargos importantes, no eran muchos, pues siempre había algunos audaces, acaparadores vitalicios de estos puestos honoríficos.

Recuerdo éstos comentarios al contemplar la labor extraordinaria de algunos hombres de hoy, jóvenes aun, que limitándose a dirigir una impor-

tante organización, sin acumular más cargos en su haber, asombran con su capacidad y dinamismo, inteligencia y buen criterio, sin aparatosas ostentaciones, en labor callada de escritorio o despacho, dirigiendo muchas veces desde la penumbra toda una Semana Santa, sobreponiendo al dolor, que una irremediable desgracia de familia le tiene amenazado, todo el santo cumplimiento del deber, sin abandonar ni un solo momento el puesto obligado que todo hijo tiene al lado de su madre, cuando ésta agoniza lentamente. Admirable ejemplo para muchos y ocasión de vergüenza para algunos que fácilmente eluden el trabajo en las horas de lucha anónima y aparecen siempre cuando los aplausos y los vitorios reclaman la salida a escena del autor.

J. R. X.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado  
DE

## José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen) **VALENCIA**

## César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115  
**GIJON**

## Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

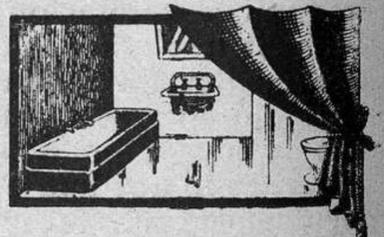
**RUPERTO RIVERO MORAN**  
Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - **GIJON**

*Arbués*

Materiales  
de Saneamiento y Construcción

Cuartos de baño, Cocinas, etc.

Alvarez  
Garaya, 25  
Teléf. 1817  
**GIJON**



## PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 **GIJON**

ANTIGUA FUNERARIA  
-- DE --

## Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 **GIJON** Teléfono 17-20

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

## AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

## MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

## JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

## Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 **GIJON** Teléfono 3382

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJON** Moros, 56

# La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)